

## Semblanza de Gonzalo Restrepo Jaramillo

Por Pedro Nel Ospina Vásquez

Fue muy fácil admirar y querer a Gonzalo Restrepo Jaramillo; es mucho más difícil analizar los múltiples motivos de ese cariño y, sobre todo, de esa admiración. Porque la personalidad de Gonzalo Restrepo tuvo múltiples facetas; de él pudiera decirse, como se dijo de Da Vinci, que “fijó su mirada en todas las cosas profundas”. Por haber sido sociólogo, historiador, orador, poeta, filósofo, su obra necesitaría para ser debidamente valorada, del análisis de un historiador para la parte histórica, del de un sociólogo para las tesis sociológicas, y así sucesivamente. Una de esas facetas —la de la oratoria— fue analizada recientemente en discurso admirable por quien fue su gran amigo en vida y hoy conmigo venera su memoria: el Doctor Miguel Moreno Jaramillo. Pero no soy yo la persona capacitada para el complejo análisis de todas las demás facetas; por eso, lleno de recuerdos y de cariño, voy a dejar que las palabras fluyan libres de todo método y de toda orientación para tratar de decir algo de lo que yo viera en Gonzalo Restrepo.

A este acervo de recuerdos creo se deba el honorífico encargo que he recibido de llevar la palabra en esta ocasión; y a ese cariño el que me haya sentido obligado a aceptarlo, sabiendo que no quedaría yo mismo satisfecho de la manera de cumplirlo.

Corría el año de 1903. Gonzalo y yo, casi niños, éramos en el Colegio de San Ignacio, compañeros de estudios y de juegos (bastante buenos para los estudios y menos que mediocres en los juegos). Llegó el mes de noviembre y por mi boca supo Gonzalo la separación de Panamá. Recuerdo todavía la sacudida que recibió, y se me quedó gravada la imagen de ese niño a quien dolía como propia una desgracia de la patria. Ese fue nuestro más antiguo recuerdo común; fuimos amigos desde entonces hasta el final de su vida; y desde entonces lo ví en todos los campos, al pie de la bandera, haciendo suyas las glorias y las desgracias de Colombia.

---

NOTA.— Discurso pronunciado por su autor en la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana con ocasión de la apertura del Aula que lleva por nombre el del ilustre humanista desaparecido.

Lo conocí, pues, a través de una amistad que duró 63 años; y puedo gloriarme de haberlo conocido a fondo. Quisiera hablar de él como lo conocí: de su lealtad, de su sinceridad, de su nobleza de ánimo, de su fidelidad en la amistad, de su generosidad material y espiritual. Pero en un acto dedicado a enaltecer públicamente su memoria no puedo limitarme a hablar de lo que él significó para su círculo inmediato, sino que debo hablar de lo que significó para la cultura y para la patria. Por eso quiero referirme, así sea suscintamente, a dos de sus obras más importantes: "Peligro en Occidente" y "Los Círculos Concéntricos"

---

"Peligro en Occidente" es una obra magistral de interpretación histórica, fruto de profundos conocimientos de historia y de sociología; "Los Círculos Concéntricos" no es una autobiografía, pero sí una obra de introspección, llena de belleza, sinceridad y sentimiento.

El peligro que confronta el mundo occidental no está en la existencia de las armas modernas, tremendamente destructoras. Ellas no son sino un aspecto del avance casi increíble de la ciencia, avance que pudiera orientarse y se está orientando en gran parte, hacia fines de paz y de progreso. El peligro está en la mentalidad de los pueblos y de sus dirigentes; la creencia en la superioridad de razas y doctrinas; el egoísmo individual que, a escala colectiva, lleva al nacionalismo agresivo y al imperialismo. Cómo evitar la lucha entre clases, la lucha entre naciones, la lucha entre doctrinas? Ese es el tema profundo de "Peligro en Occidente". La solución que encuentra el autor es la solución social cristiana; una doctrina que no puede propagarse por la fuerza; la admisión del deber individual, que del plano individual trascienda al nacional y al internacional. Ese leit motiv se hace más perceptible a medida que se avanza en la lectura de la obra.

"Peligro en Occidente", aunque está llena de historia, no es una obra simplemente histórica; es una obra de interpretación y análisis de la historia. No se preocupó mucho con fechas, con biografías completas, sino con hechos que tengan consecuencias para la marcha de la humanidad. Se ha dicho que "la historia se repite". La historia nunca se repite completamente, porque el total de circunstancias que motivan cada hecho no vuelve a repetirse; la historia no funciona mecánicamente. En cambio la interpretación a fondo de lo que motiva cada hecho, y de las consecuencias del hecho mismo es útil y fascinante. Esa interpretación es la que busca "Peligro en Occidente". Tal vez pueda explicar mejor mi pensamiento con un ejemplo al tratar de la invasión de Aníbal a Italia: Restrepo Jaramillo no entra en detalles, como lo hiciera la mayoría de los historiadores, sobre las características militares de esta atrevidísima expedición; qué tropas movilizó Aníbal por España; cómo cruzó los Alpes en Briancon, cuántos elefantes perdió entre la nieve, etc. Lo que le preocupa es: por qué fracasó Aníbal, tal vez el mayor guerrero que han visto los siglos, si se tiene en cuenta que figura como genio militar a pesar de que de él no se sabe sino lo que escribieron sus enemigos, pues los documentos cartaginenses perecieron entre las llamas. Por qué no presentó batallas decisivas cuando Roma estaba aún

desconcertada? Aguardaba refuerzos? Por qué se agotó en marchas y contramarchas, y dejó que sus tropas se ablandaran en el ocio de Capua? Pensaba que los romanos llegarían al agotamiento? Qué cálculo errado hizo? Y la respuesta es luminosa: Roma era una ciudad rodeada de territorios conquistados. Aníbal contaba con que esos pueblos sojuzgados lo verían a él como a un libertador y se le unirían en la marcha contra Roma. De ahí las marchas incesantes, de ahí la espera a que llegara la revuelta. Pero no llegó. Roma había vuelto romanos a los vencidos; éstos habían asimilado la cultura romana y no eran ya pueblos sojuzgados; no necesitaban libertador. El error de Aníbal no fue militar sino político. Y del estudio del episodio púnico se saca una gran enseñanza, que los tiempos modernos se han encargado de confirmar: la colonia, como territorio dominado por la metrópoli, no perdura; lo que perdura es una organización en la que metrópoli se extiende hacia las colonias, e iguale los ciudadanos de éstas a sus propios ciudadanos.

En Cambridge y muy especialmente en Oxford, se daba una enorme importancia al estudio de la historia romana. No se si todavía perdura esa circunstancia, que se explicaba porque allí se formaban los futuros dirigentes y altos funcionarios del imperio británico, quienes habrían de marcarles rumbos desde la metrópoli o administrar los territorios bajo su jurisdicción. Y como por su preponderancia mundial, la extensión de sus colonias, su papel civilizador y cultural en todas las zonas y en todos los continentes, Inglaterra podía considerarse como la heredera de Roma, buscaban en esas viejas universidades desentrañar el significado de la historia romana, para aplicarlo a la época actual. Esa es, precisamente, la elaboración que hace Restrepo Jaramillo, pero no limitada a Roma, sino abarcando también otras épocas y regiones. Pasa rápidamente sobre los pueblos anteriores al cristianismo; va más pausadamente a medida que avanza en el tiempo; se detiene en el renacimiento y entra detalladamente a estudiar la época actual.

Pero no todo allí es análisis de la historia; hay a la vez diseciones llenas de sagacidad, como el capítulo sobre las ilusiones de la democracia, que tan a menudo desembocan en las realidades de la demagogia.

El libro, naturalmente, nos revela la personalidad del autor: un hombre lleno de comprensión y de ilustración; profundo en el sentido y sencillo en la expresión; familiar con varias literaturas y por encima de todo, profundamente religioso. El ve las acciones humanas siempre en relación con el destino final. Religioso por penetración familiar y empapado desde la infancia en la idea de Dios, cuando llega a ser capaz de estudiar, de razonar, no lo hace sino para confirmar lo que ya cree. No lo desasosiega la duda, nuestro tormento casi universal. Cuando la estudia, lo hace como el médico sano que investiga las causas, síntomas y resultados de una enfermedad que él no padece. Se le hace inconcebible la actitud mental del gran genio analítico, que de todo duda, René Descartes; y piensa que en vez del razonamiento que sirve a Descartes para salir de la duda de su propia existencia: "Pienso luego existo", se debería decir "Pienso porque existo".

Por eso al estudiar las causas de los acontecimientos de la historia, no mira exclusivamente al lado humano; admite que todo se

mueve siguiendo impulsos que desconocemos y que un poder superior, cuyos designios ignoramos, es el que permite que acaezcan sucesos que pensamos no debieran ocurrir. Véanse, por ejemplo, las páginas dedicadas a la Reforma del siglo XVI. Por eso no siente la angustia del hombre que no encuentra respuesta a todos sus interrogantes: Por qué existimos? Por qué hubo creación en vez de continuar la nada? Vamos hacia una nueva nada?

---

“Los Círculos Concéntricos” es una obra poética, desde el principio hasta el fin. Son dulcemente poéticas las páginas dedicadas a los recuerdos de infancia, en las que se respira el ambiente encantador del Medellín anterior al año de 1910. El autor recuerda aquella época y sigue, a través de sus añoranzas, descubriéndose a sí mismo y a cuanto lo rodea. No se queda estático en la contemplación del pasado. No contempla la playa encantada desde un barco anclado en la orilla; su visión es la de un paisaje lleno de vida y de belleza, que se mira desde un barco que se aleja, en marcha hacia horizontes llenos de promesas.

A través de estas páginas se va exteriorizando el mundo interior, cuyo círculo de interés crece constantemente; de las impresiones personalísimas de la infancia van ensanchándose la inteligencia y la sensibilidad hasta buscar la percepción de lo universal y lo divino. Escrita la obra al final de la vida, con la mirada puesta en el pasado, pero haciéndolo destacarse sobre el telón de fondo del futuro incógnito, está llena de la dulce tristeza del atardecer.

Para encontrar el poeta que fue Gonzalo Restrepo no es necesario buscar sus versos; basta leer algunas de sus prosas. Voy a citar como ejemplo algunas líneas de “Los Círculos Concéntricos”:

“Valle de Aburrá, montañas antioqueñas! En ocasiones creo que me hablan y les hablo, en comunicación misteriosa y real. En tiempos pasados recorrí muchas veces el idílico llano, me adentré por las cañadas de las sierras, escalé sus picachos y escuché en las hondonadas y los riscos el largo aullido de mis lebreles cazadores. En las mañanas campesinas la montaña tuvo olor inconfundible, aroma exquisito formado por exhalaciones de flores, de troncos de helechos, de humus mojado por el rocío, de capas de poleo extendidas como tapices junto al nacimiento de las aguas. Es un olor propio: distinto el del Alto de las Palmas al de las llanuras de Cuibá. La tierra tiene personalidad y tienen vida los arroyos, y los ríos persona propia. Uno es el Magdalena, tranquilo y silencioso, recostado con su poder a la barranca que devora sin ruido; otro el Cauca, aprisionado entre rocas desde la Pintada hasta el Otón o en los hervideros tumultuosos que desde el Puente de Antioquia hasta Cáceres lo convierten en torrentera engañadora. El Rionegro de los Valles de Oriente es el galán joven de las aguas quietas y el Porce rico de oro y de fiebres, el púgil indómito que no se cansa de golpear peñascos. Al pie de San Rafael, el Guatapé se ufana con playas de tan límpidas arenas que parecen de mar, en tanto que los ríos de Cocorná montan fábricas de espuma. Tienen las montañas cumbres cortadas a machetazos como los farallones del Citará y conos solitarios como Cerrotusa, resto de las paredes de un cráter gigantesco que recuerda la albo-

rotada infancia de la tierra... Cuán distinto el valle de Medellín que conocí en mi infancia de éste que treme hoy con sus estertores de industria. En él su río de aguas limpias, recorrido por balsas que desde Caldas traían maderas y cañabrava para las necesidades de la pequeña villa. Cómo era de grato, cuando pasaban los balseros por el pozo donde nos bañábamos, subirse a sus almadías, insultados por ellos unas veces, tolerados otras. Los arrollos no eran los albañales de ahora, ni los cauces secos que reemplazan los antiguos torrentes, sino caudales de aguas vivas, con capitanes y sabaletas... Trapiches de panela aromaban el aire con el perfume de sus guarapos y sus mieles, y el viento jugaba con los cañamelares en las plácidas vegas que hoy llenó la industria de techos y motores... Por las carreteras que hoy se hacen autopistas, circulaban, con el cántaro en la cabeza, las lecheras airoosas, cimbreadas en su marcha, destacadas contra la clara atmósfera matinal como figuras de frisos griegos, y desfilaban lentas recuas, sin afán y sin ruido, ignorantes del virus horrible del kilómetro... La vida rural dominaba el paisaje hasta las goteras del pueblo”.

Esta es la Antioquia de ayer, vista con ojos virgilianos; si quien ésto escribió no fue poeta, tampoco fue poeta el gran mantuano.

A medida que se avanza en la lectura de “Los Círculos Concéntricos”, va cobrando mayor fuerza el sentimiento de lo ultraterreno, de lo religioso. Aquí, como en “Peligro en Occidente”, Gonzalo Restrepo estudia la duda y la angustia en los demás. No se contenta con la amarga definición existencialista de que el hombre es un animal que sabe que va a morir; para él lo más importante es saber que va a resucitar. Por eso la angustia de tantos hombres ante la perspectiva de la extinción, de la vuelta a la nada, tampoco a él lo toca; y así un libro escrito casi para despedirse de la vida, carece de inquietud y de amargura; nos recuerda las líneas de Valencia:

Hay un instante del crepúsculo  
en que las cosas brillan más.

---

Estaría aquí fuera de lugar el tratar cuestiones políticas, pero creo que hasta la más somera mención de lo que fue Gonzalo Restrepo Jaramillo quedaría incompleta si no dijera por lo menos algo de lo que fue su actitud frente a la política. El fue ante todo un doctrinario; en los últimos 30 años de su vida el mayor expositor de las doctrinas de su partido. Su fidelidad fue para su doctrina; su jefe el pensamiento conservador. Figuró como indisciplinado cuando se negó a militar incondicionalmente bajo banderas de los grupos en que estuvo dividido su partido. El entendía que a la disciplina pueden y deben sacrificarse los intereses y las preferencias personales, pero jamás las convicciones fundamentales. Parecía tener siempre en mente el pensamiento de Santo Tomás, según el cual entre forzar la conciencia o incurrir en la excomunión, es preferible incurrir en la excomunión. Por lo demás la excomunión política nunca vino; se le criticaba sotto voce por su independencia, pero nadie osó presentarse a combatirlo de frente. Su po-

sición de independencia política le permitió tratar de servir de eslabón de unión entre las fracciones de su partido, buscando la unión a base de una formulación doctrinaria; no lo consiguió, como tampoco lo consiguieron otros grandes copartidarios suyos. Por lo mismo que no buscaba en la política ventaja alguna para sí, fue respetado hasta por quienes lo encontraban indisciplinado y respetadísimo por las más altas personalidades del partido opuesto. Se le tildó de tibio porque nunca quiso ser exclusivista ni extremista. El mismo lo recuerda en "Los Círculos Concéntricos", pág. 70. Nunca aduló ni buscó que lo adularan. Estuvo siempre aparte de la intransigencia, de la demagogia, del manzanillismo, del personalismo, esas aves negras que giran alrededor de la política, y llegan aún a opacar el brillo de la más noble de las actividades meramente humanas.

Cuando escribió sobre política no trató de atraer las masas, sino de ilustrar los conductores; es ésta la única manera de hacer una evolución política. Ganados los conductores por el razonamiento, ellos arrastran las masas, las que se mueven por motivos sentimentales y de prestigio personal.

Cuando sí escribió para todo el público fue cuando colaboró en "El Colombiano", ya en los últimos años de su vida, ocupándose de temas de actualidad, principalmente económicos.

Dan esos artículos una visión sobre los sucesos y problemas actuales a la luz del sentido común y están escritos para gentes con simple sentido común. Es lamentable que al menos una selección de ellos no se haya recopilado en un volumen que pueda ser fácilmente consultado, ya que las publicaciones diarias se leen en su día y nada más. Puesto que se ha ordenado la publicación de las obras de Gonzalo Restrepo Jaramillo, debiera principiarse por la de esos artículos periodísticos; los temas que él trató como de actualidad siguen siendo actuales; los males que en esos días nos aquejaban siguen aquejándonos.

---

Temo estar alargándome. El tema da para mucho. Descubramos emocionados esta inscripción que recuerda que por estos claustros pasó un hombre grande. Su sombra se proyecta más allá de sus caras montañas nativas. Amó, sirvió y enalteció a Colombia. Fue encarnación viviente de los ideales de la patria.